

EL LENGUAJE DE LO SOBRENATURAL

Beatriz Sanz Alonso
Universidad de Valladolid

RESUMEN

Para atraer a las fuerzas benefactoras y para preservarse y combatir a las malignas el hombre posee el lenguaje, un lenguaje que actúa por contraste, por oposición. En el trabajo se analizan aquellos recursos lingüísticos más comunes que aparecen en las metáforas, juramentos, conjuros y exorcismos de la Edad Media.

PALABRAS CLAVE: Lengua Española, Edad Media, ángeles, demonios, metáforas, juramentos, conjuros, exorcismos.

ABSTRACT

Mankind has always used language as a means of enacting the powers offered by it to attract beneficial forces as well as to react against malignant ones. As such, language acts through the principle of opposition. This work analyses the most recurrent linguistic devices found in metaphor, oaths and swearing, conjuration and exorcism.

KEY WORDS: Spanish language, Middle Ages, angels, devils, metaphors, oaths and swear-word, conjuration, exorcism.

«HAY OTROS MUNDOS PERO ESTÁN EN ÉSTE» (Paul Éluard)

No hay ninguna cultura que no haya personificado el mal, porque nadie puede negar su existencia. Pero es más humanamente comprensible y tolerable la amenaza de las fuerzas desconocidas si las convertimos en reconocibles de alguna manera.

El mal real tiene que ser visible, palpable, tangible; lo que significa que el diablo no tendría sentido si no se percibiera como la personificación de este mal, causante, por ende, de los cataclismos, adversidades, pestes, enfermedades, epidemias y todo tipo de infortunio, sufrimientos y miserias que asedian al hombre, sobre todo al hombre antiguo.

El hombre es el único animal que sabe que morirá; certeza que le aterra. El miedo humano, producto de la imaginación muchas veces, es múltiple y cambiante¹, lo que provoca una enorme inseguridad. Por eso la inseguridad —engendada y representada por el diablo— es símbolo de muerte; mientras que la seguridad —significada en el ser benéfico, el ángel guardián y tutelar— es el símbolo de vida.



El hombre no está solo, sino que comparte el mundo con un sinnúmero de fuerzas —no siempre visibles y patentes— benéficas y maléficas con las que debe avenirse, en unos casos, o cuyo poder debe anular —o al menos debilitar—, en otros.

Para atraer a las benefactoras y para preservarse y combatir a las malignas, el hombre sólo posee la palabra; es decir, sólo puede defenderse oponiendo lo absolutamente humano: el lenguaje.

De este modo, la palabra adquiere un sentido mágico, un poder por el que nacen y se justifican los exorcismos, conjuros, bendiciones, plegarias y encantamientos. Hablar es invocar, pero también impeler al ser que se nombra. Nombrar es mostrar, es asumir, es doblegar. La palabra es la que expresa la idea, el poder: Dios se hizo palabra porque *numen est nomen*.

Todos los pueblos tienen conciencia del poder de la palabra; que invoca, convoca, maldice, sana, vivifica o mata.

Para crear el universo no fue bastante el pensamiento; Dios dijo «hágase la luz» para originarla³. Y Cristo es el logos. La palabra es signo; es la razón y la expresión de esa razón.

Las creencias se sustentan en palabras y ritos. La religiosidad, en su sentido más amplio, tiene unas fuertes y profundas raíces universales que explican y justifican al hombre mismo e implican la pregunta acerca de su destino⁴.

Es muy difícil modificar y, por supuesto, anular la religión de un pueblo. De ahí que el concepto cristiano del diablo —que no es tanto enemigo de Dios como del hombre— estuvo influido por los elementos folclóricos, supersticiones y magia asumidos de los pueblos célticos, germánicos, eslavos del norte y de las culturas mediterráneas. El rito y la fe nuevos se superpusieron a los amuletos escritos con runas, la magia medicinal, las mixturas y encantamientos que habían renacido con la agonía del Imperio de Occidente y a las que había inhibido el razonamiento lógico griego.

Esta nueva fe tuvo que luchar con un mundo poblado de seres sobrenaturales, a los que no siempre consiguió someter.

El cristianismo medieval, sobre todo ya en la Baja Edad Media, presenta un diablo vivo y aterrador, que contrasta con el demonio familiar, personaje de la vida

¹ Para un excelente estudio sobre el miedo, *vid.* DELUMEAU, J.: *El miedo en Occidente*, Madrid, Taurus, 2002.

² «En quatro cosas puso Dios vertudes señaladas: la primera en las siete planetas e en las estrellas, que son cuerpos celestiales que han poder sobre los cuerpos terrenales de virtud, la segunda en las palabras del omne; la tercera, en las yeruas; la quarta en las piedras preciosas», SANCHO IV, *Lucidario* (ed. de R.P. Kinkade, *Los «lucidarios» españoles*, Madrid, Gredos, 1968, p. 261).

³ En muchos de los Diccionarios de sinónimos, uno de los de *crear es nombrar*.

⁴ Para el concepto y expresión de la religiosidad popular, véase, entre otros, ORONZO, G.: *Religiosidad popular en la Alta Edad Media*, Madrid, Gredos, 1983.

cotidiana (que en ocasiones no distingue entre espíritus maléficos y benéficos), que se presentaba en el folclore de consejas, leyendas, cuentos o danzas como impotente y ridículo, con el fin catártico de domeñarlo y aliviar las tensiones del miedo. Porque el hombre medieval se había acostumbrado a la permanencia del mal y de las penurias; el diablo era una presencia constante, consuetudinaria, habitual en la Edad Media, en la que la gente sólo tomaba ciertas precauciones para protegerse.

Los estudiosos sobre el cristianismo consideran al diablo como uno de los pilares sobre los que se asienta esta religión. Su existencia no podía negarse, ni siquiera dudarse de ella.

Pero la figura del diablo como tentador, causante del pecado del hombre y de todos los cataclismos y catástrofes, la van extendiendo los homilistas, que se recreaban en lo horrendo para atemorizar al pueblo e inducirlo al buen comportamiento; es decir, encarrilar a los descarriados.

EL LENGUAJE

Las palabras dichas, escritas o grabadas tienen el mismo poder absoluto. Tanto las fórmulas que se usan como los ritos son sincréticos de diversas culturas. De hecho, uno de los puntos interesantes derivados de este trabajo es la constatación de que no hay, en el fondo, ninguna diferencia entre las fórmulas que usan exorcistas, arresponsadores, conjuradores o saudadores. Y aunque ahora la mayoría nos puedan resultar crípticas, no lo fueron en origen.

Hay, también, que tener en cuenta que en los exorcismos o conjuros recitados no están los términos cabalísticos que aparecen profusamente en los conjuros escritos o grabados en las piedras.

El don divino que se ha otorgado al hombre es el don de la palabra.

En él se refugiaba y con él se defendía la gente del medioevo, que vivía en un mundo espiritado. Los espíritus del bien, y sobre todo del mal, moraban o estaban más o menos avecindados en piedras, plantas, cultivos, tierra, mar, aire, fuego, en las casas, enseres y ajuares, e incluso en los templos y —en ocasiones— en los objetos sagrados; elementos que ocupaban por su arbitrio o con el contubernio de brujos, magos, hechiceros, herejes y judíos, e incluso de cristianos de moral laxa o poco afirmados en su fe. Todo ello en una sorprendente mezcolanza que justificó la profusión de ceremonias para protegerse del mal y sus agentes, y de personas que —de una u otra manera— luchaban contra los espíritus malignos. De tal forma, que a partir del s. III se crea un cuerpo de exorcistas, cuyas funciones absorbieron rápidamente los sacerdotes.

Esta batalla contra lo maligno es fundamental para que perviva la creación, porque el mal reduce a la nada. Desde el pensamiento agustiniano⁵, todo lo que *es* es bueno y si el bien se eliminara totalmente de la criatura, ésta quedaría aniquilada.

⁵ *La Ciudad de Dios*, x, IV.

El mal es el vacío, la no plenitud; no pertenece al ser, es una corrupción del ser, una malformación, un desorden. Eso sí, es un desorden, una enfermedad que afecta a *un* ser, porque para que exista el mal resulta indispensable el soporte de una naturaleza creada que, en tanto subsista, aunque esté disminuida por haber entrado el no ser, no pertenece al mal, sino que continúa siendo un bien⁶.

Esto sucede particularmente en el caso del demonio: el ángel de las tinieblas sólo perdura porque sigue siendo un ángel.

En esta visión propiamente judía y cristiana del bien y el mal está en toda su profundidad el misterio de la libertad: Satán es el ser libre, el ángel que ha sido el primero en alejarse de la fuente de todo ser y en aproximarse a la nada de la que fue extraído⁷.

NO DIRÁS EL NOMBRE DE DIOS EN VANO

Ésta es la primera interdicción lingüística en todas las culturas.

El nombre del creador o de los creadores no se pronuncia. En cambio, el de sus agentes sí.

Una de las tesis sobre las que se basa este trabajo es la de que, desde el punto de vista del lenguaje, los ángeles son el término no marcado, mientras que el marcado serían los diablos. Es decir, los ángeles, como mercurios de Dios, se aparecen —generalmente con forma humana— y transmiten su mensaje, pero no nos podemos dirigir a ellos ni admiten apenas preguntas y, menos aún, admoniciones de tipo alguno. Con los demonios, en cambio —una de cuyas características es el polimorfismo—, se puede entablar un diálogo, hablan al hombre y, lo más interesante, el hombre lo habla, incluso con imperio, mediante pactos, conjuros, juramentos y exorcismos. Por eso, fuera de la simbología, el lenguaje sobrenatural es casi siempre un lenguaje infernal.

Y es que los ángeles hablan y alumbran tan secretamente, que apenas se perciben si no se atiende. Dios habla a los hombres por sí mismo —con la inspiración, con la palabra que abre el oído sin que se oiga sonido— o mediante ángeles, en cuyo caso puede ser mediante palabras, con obras, o con imágenes simbólicas (por ejemplo los sueños, o con una zarza ardiendo).

Hay un número casi infinito de ángeles, seres benéficos, ministros de Dios, que cuidan del mundo, en general, y protegen al hombre, en particular. Porque si nuestros enemigos son demonios, sólo pueden protegernos ángeles invencibles, cuya misión es impedir que el mal altere la maquinaria del universo.

Se les llama mediante la oración o la plegaria. En cambio, invocar al diablo se puede hacer silbando en la oscuridad, escribiéndole una nota con sangre de here-

⁶ *Confesiones*, VII.

⁷ MARROU, H.I.: «Un ángel caído, ángel a pesar de todo», en *Satán. Estudios sobre el adversario de Dios*, Barcelona, Labor, 1984.

je o de judío y arrojándola al fuego⁸, corriendo hacia atrás tres veces alrededor de una iglesia, mirando de noche un espejo, recitando una oración al revés o con una imprecación en un momento de irritación o furia (*vete al diablo, que lleve el diablo te /me lleve* o las romancescas *permítame Dios de los cielos y la Virgen del Rosario que si a la corrida vas que te traigan en un carro*, por ejemplo).

Como vemos, en este último caso rozamos ya el tabú. Y, de nuevo, la fuerza conjuradora de la palabra, que puede obligar a los espíritus e incluso a los dioses⁹.

La palabra se apodera del poder de aquello que representa. El miedo que provoca un referente se transmite también al nombre¹⁰, y así comprobamos que, mientras para los ángeles hay un término genérico, *ángel*, y no demasiados epítetos, para el demonio —o los demonios— la voz *demonio, diablo* es mucho menos frecuente que los nombres que lo caracterizan. Ello, siguiendo, por supuesto, el proceso del tabú por el que, en palabras de Mircea Eliade, cosas, personas o lugares participan de un régimen ontológico diferente; como consecuencia, su contacto provoca la ruptura del nivel ontológico, lo que podría ser fatal. El contacto directo con este nivel lo establece el hombre mediante la palabra que, al decirse, se carga de una fuerza mágica, cósmica; misteriosa al cabo.

Aun consciente de lo sintético que debe ser este estudio sobre el lenguaje, trataré tres puntos diferentes en que es fundamental la lengua con los emisarios de lo divino, sean benignos o malignos: las metáforas, el juramento y el exorcismo.

METÁFORAS CON QUE SE DESIGNA A LOS ESPÍRITUS DEL HOMBRE

Todo lenguaje concerniente a ángeles y demonios es, necesariamente, de contraste, de oposición.

Respecto a las diversas formas de designarlos, podemos atender a tres campos: a) cualidades espirituales; b) metáforas de animales; c) características físicas.

A) En cuanto al primer grupo, el de las cualidades espirituales, vemos una dualidad en tres modos: altura / profundidad, luz / oscuridad, sotérico / destructor.

⁸ El fuego, que en estos casos convoca, también destruye el poder del diablo, como se ve en los exorcismos.

⁹ Es, en este sentido, muy interesante el concepto de ángeles de Filón de Alejandría, para quien eran «palabras divinas» que realizan la manifestación del *logos* divino en la vida humana. «Son llamados daimones por otros filósofos, pero el registro sagrado [la Escritura] los llama habitualmente ángeles, empleando un título más conveniente, pues llevan las órdenes del padre a sus hijos y refieren las necesidades de los hijos a su padre. De acuerdo con esto son representados por el legislador subiendo y bajando: no es que Dios, que está ya presente en todas direcciones, necesite informadores, sino que era una bendición para nosotros en nuestra triste actuación disponer de los servicios de las palabras (*logoi*) que actúan en nuestro nombre como mediadores» (FILÓN DE ALEJANDRÍA, *Sobre los sueños*, trad. de S. Torrallas Tovar, Madrid, Gredos, 1997, p. 141).

¹⁰ MONTERO CARTELLE, E.: *El eufemismo en Galicia*, Universidad de Santiago de Compostela, 1981.



Sólo hay un aspecto positivo recurrente para el demonio, la sabiduría, mientras que los ángeles se caracterizan por la obediencia.

a.1. *Altura / profundidad*: en el orden de lo imaginario, las imágenes de altura son siempre positivas, significan la sublimación tanto física como —sobre todo— psíquica; de hecho, la sublimación ideológica no es más que una forma particular de elevación¹¹. Según Durand¹², el esquema de elevación y los símbolos verticalizantes son, por excelencia, metáforas axiomáticas, que más que ninguna otra comprometen el psiquismo entero.

Los ángeles son *alas* (con las que Dios levanta, abriga, fomenta y defiende; a Cristo se le llama *sol de justicia* cuya salud está en las alas), *monte*, *nube*, *cielo*, *caballos*, *carroza* o *literas* (que traen a los hombres a la fe y suben las almas al cielo), *altas murallas* (donde el hombre se salvaguarda para protegerse del demonio). El diablo, en cambio, es *señor de lo profundo y estrella caída*.

Esta dualidad entre altura y profundidad la encontramos de nuevo en los exorcismos¹³.

a.2. *Luz / oscuridad*: en todas las religiones y en todas las creencias la luz es símbolo de vida, de la vida, del creador; desde la experiencia de la «luz interior» que acompaña la captación del propio yo, a la deificación que, en la Iglesia de Oriente, va precedida o acompañada de una experiencia mística de la luz; a la irradiación de la luz de gracia de los místicos y santos, a la oriental teosofía de la luz; o el esplendor auroral; la luz de la Gloria; la Luz de las luces, de la que procede el primer arcángel; la luz epifanía del espíritu y energía creadora de todos los niveles cósmicos¹⁴.

Los ángeles y todos los coros celestiales son luz y contemplan el resplandor divino; se aparecen siempre con forma humana o como una luz brillante¹⁵.

¹¹ Vid., entre otros, BACHELARD, G.: «La psychologie de la pesanteur», en *La terre et les rêveries de la volonté*, París, J. Corti, 1988.

¹² DURAND, G.: «Les symboles ascensionnels», en *Les structures anthropologiques de l'imaginaire*, París, Bordas, 1939, p. 138. Para este punto son muy útiles los trabajos de psicocrítica.

¹³ Esta concepción no es evidente sólo en la lengua, sino también en algo tan sensiblemente humano como la toponimia, a la que los hombres transfieren su alma, su sentir colectivo y cotidiano, su religión y sus miedos. Así, puede constatarse que las quiebras en el terreno son siempre del diablo o del infierno: *garganta del diablo*, *quiebra del diablo*, *gruta del diablo*, *hoya del diablo*, *zanja del diablo*; así como los lugares yermos, alejados e inhóspitos: *roca del diablo*, *pata del diablo*, *torre del diablo*, *ladena del diablo*, *cruz del diablo*, *escobar del diablo*, etc. También las grandes obras de arquitectura, que tanto sorprenden a la medida humana (diques, puentes, etc.) las levanta el maligno (por ej. el acueducto de Segovia). Asimismo, en las metáforas cotidianas lo negativo se liga al descenso, a la profundidad: *estar hundido*, *caer en una profunda depresión*, etc., y lo positivo a la altura y al ascenso.

¹⁴ Vid. ELIADE, M.: *Historia de las creencias y las ideas religiosas*, vol. III, Barcelona, Paidós, 1999.

¹⁵ En su ascenso a los cielos, Mahoma describe todos los cielos que atraviesa y los ángeles que allí ve como puros, claros y de brillante luz vivísima. Por ejemplo: «Vi entre ellos a un hombre

Lucifer, a pesar de la belleza de su nombre, es el *príncipe de las tinieblas, señor del reino oscuro, la muerte*, en tanto que los ángeles son *estrellas, sol, espejo de Dios, zafiro, piedra preciosa, fuego de Dios, ojo y lucero*, porque son símbolos del principio generador y de la realidad suprema, son revelación patente de la luz de la que todo procede y está visible en nosotros mismos.

a.3. *Sotérico / destructor*: en cuanto que enfrentado a Dios, el diablo debe aniquilar la creación y, especialmente, al hombre, único ser que tiene alma inmortal por la que conforta el trabajo de competir.

Para defendernos de él, Dios nos envía a sus ángeles¹⁶. En este punto el contraste entre ambos espíritus es más evidente:

Ángel / demonio: *salvador / exterminador; auxilio, hermano / acusador; espejo de Dios / apóstata; hortelano / árbol sin fruto; tutor, rey, cónsul / criatura sin yugo ni ley; muralla / cazador, defensor de los enemigos / verdugo de Dios*¹⁷; *salvación / malo; salud / muerte, pestilencia; viento vivificante / viento abrasador*.

B) Metáforas de animales. Los ángeles no son de este mundo, son espíritus puros que sólo cuidan de nuestro beneficio. Por ello, apenas se alude a ellos con nombres de animales, excepto *carneros y ovejas* (porque guían y apacientan el rebaño del Señor, son mansos, dan todo sin pedir nada y reconocen entre mil el balido de su cordero, o sea, del alma a ellos encomendada).

anciano sentado sobre una silla de claridad y cubierto con unas vestiduras de limpia claridad que portaba en su cabeza una corona también resplandeciente; su rostro era brillante, todo él de purísima claridad», *Libro de la Escala de Mahoma*, Madrid, Siruela, 1996, p. 68.

¹⁶ Sobre todos ellos nos patrocina el ángel de la guarda, que es antídoto contra la inclinación al pecado, pelea con el demonio, nos exhorta a la penitencia, nos ama y enseña en todo lugar, nos patrocina en todos los negocios, nos asiste y defiende cuando dormimos (*cuatro esquinitas tiene mi cama, cuatro angelitos que me la guardan*), nos preside cuando oramos, nos consuela en las tribulaciones y angustias, nos libra de enfermedades y lances apretados, comunica a Dios nuestras necesidades para que despache el socorro conveniente, avisa a los hombres buenos y santos el día de su muerte para que se preparen, acompaña el alma pura al cielo, deja oír a los que lo merecen la música celestial en el momento de la muerte, descubre en la agonía las amenidades del cielo, para dulcificarla, arma al agonizante con fe y esperanza, combate contra los demonios en el momento de la muerte, aboga por el alma en el juicio divino, lleva el alma al paraíso y hace favores a las almas del purgatorio.

¹⁷ Son los ejecutores de la justicia divina desde la idea de que todo lo que existe es porque Dios quiere y lo permite, incluso el mal. El hombre saca del demonio el provecho de resistir las tentaciones, ganar la gloria eterna, etc. De hecho, en los tratados de angelología y en las disquisiciones teológicas sobre la existencia del demonio una de las *impugnatio* recurrentes es que si por hacer daño había de sacar Dios a los demonios del mundo, no quedaría en él comida ni bebida, ni cielo ni tierra ni mar, ni luz ni estrellas ni luna, porque ninguna cosa es tan buena que no pueda ser de daño. Así, los demonios son los *martillos* que tiene Dios para labrar las piedras del divino templo, por ser —al tiempo que tentadores— la herramienta que esquina, labra y lustra a los justos: las piedras preciosas que los ángeles suben al edificio del glorioso templo. Siguiendo esta línea de pensamiento —presentada profusamente en la *disparitas* de las argumentaciones—, son también las *varas* con las que Dios azota a sus hijos para castigarlos y lograr una mejor crianza. El diablo es, asimismo, *máscara* y los hombres como niños que, huyendo de ella, se guarecen en las alas y brazos del divino Padre.





De quienes sí que hay que guarecerse es de los espíritus maléficos, ante quienes ebulle la magia de la palabra, por la que ésta posee una fuerza que la hace terrible. Por ello hay que evitar la relación de coincidencia entre el signo lingüístico y el referente, entre el nombre y el objeto; es decir, hay que, de nuevo, utilizar el tabú. Y si el diablo es príncipe de este mundo¹⁸, habrá que nombrarlo con sus realidades: *áspid*, *serpiente*, *dragón*, *víbora*, *culebra*, *basilisco*, *ballena*, *bestia*, *muchedumbre de animales*, *tigre*, *sapo*, *hiena*, *corneja*, *lobo*, *araña*, *gusano*, *búho* (por la sabiduría), *topo* (porque es ciego, mata las plantas y vive soterrado), *cerdo* (símbolo de la sexualidad femenina), *caballo* (símbolo de la sexualidad masculina), *perdiz* (porque canta por el mundo por medio de los herejes, con cuyos cantos junta gran número de gentes engañadas para echarlas en la jaula del infierno. El bosque donde canta son el hereje, el mago, la bruja y la hechicera. No tiene rostro y se vale de reclamos para dar cantos humanos), *avestruz* (tiene alas por su naturaleza angélica, pero un cuerpo pesado por su malicia), *gato*, *oso* y *cabrón*¹⁹ preferentemente.

C) Características físicas: vuelven a incidir en el contraste celestial, espiritual / terrenal, material. El ángel es *cielo*, *espada divina*, *defensor de los enemigos*, *centinela del hombre*, *dios* (por su participación divina), *espejo de Dios*, *embajador de alegres nuevas*, *tutor*, *piedra preciosa*, etc. El demonio, en cambio, es *acusador*, *apóstata*, *árbol sin fruto*, *pecador*, *malo*, *riqueza*, *mundo*, *pestilencia*, *muerte*. Ambos tienen oficios, pero en tanto que los ángeles trabajan como *hortelanos* (que plantan y cuidan las flores y frutos de la huerta de Dios) y como *herrereros* (que con el martillo y yunque de la virtud hollan las tentaciones), los demonios han dado en ser *corsarios*, *ladrones*, *vendimiadores*, *tiranos*, *cazadores* (de almas, con armadijos y trampas) y *verdugos de Dios* (porque ejecutan y castigan, en su nombre, las almas pecadoras).

EL JURAMENTO

En el feudalismo medieval la relación de los partidarios de Satán con él era, evidentemente, de vasallaje, que se hacía perdurable y firme mediante un pacto. La

¹⁸ Esta dualidad está muy cerca del dualismo cátaro: el mundo de la pureza, del espíritu, por un lado, y el material, en el que la vida es un castigo, por otro. GUI, B., en su *Manual del inquisidor* de 1570, dice de ellos: «Afirman que la creación de todas las cosas visibles, materiales no es cosa de Dios, el padre celestial, al que llaman Dios bueno, sino del Diablo, de Satán, del Dios del Mal, pues lo llaman el Dios maligno, el Dios de este siglo y príncipe de este mundo. Distinguen, pues, dos creadores: Dios y el Diablo, y dos creaciones: una la de los seres invisibles, inmateriales, y la otra la de los seres visibles y materiales. Asimismo imaginan dos iglesias: una, la buena, la de su secta y otra, la mala, que es la Iglesia de Roma. La llaman madre de las fornicaciones, gran babilonia, cortesana y basílica del diablo, sinagoga de Satán». Puntos coincidentes con esta doctrina tenían otras herejías.

¹⁹ Muchos son símbolos de otras religiones y mitologías (centroeuropeas, china, etc.) y se riegan por leyendas y cuentos populares transmitidos de generación en generación.

adhesión a Satán exige un pacto diabólico en virtud del que se obtienen poderes sobrenaturales, un lazo que establece un sistema de relación solidario, cuyo fin es consolidar la imagen y el poder del diablo²⁰.

La ley de la caballería medieval exige un juramento único²¹, que se hace en el momento de la investidura, y que liga al vasallo a perpetuidad con el señor²². Lo importante no es el contenido del juramento (no tenemos noticias de pactos diabólicos, aunque en el XVI se muestran a los inquisidores cartas escritas supuestamente por el diablo), sino lo que representa²³. Es un acto lingüístico performativo porque no sólo asegura el vínculo material sino, sobre todo, está ligado con la parte sacramental²⁴.

²⁰ La imagen del curso de la invasión de los demonios en los países occidentales, para tener la justa perspectiva, debe contrastarse con los grandes acontecimientos posteriores al año 1000: 1) la Querrela de las Investiduras, respecto de la colación de los títulos eclesiásticos entre el emperador alemán Enrique IV y el Papa Gregorio IV, con la humillación del emperador que termina, realmente, en 1122 con el concordato de Worms estableciendo la separación de poderes temporal y espiritual; 2) las ocho cruzadas entre 1096 y 1270; 3) la lucha contra los emperadores germánicos, después de que el Imperio alcanzara su apogeo bajo Federico I Barbarroja y los Papas, desde 1152 a 1250; 4) la guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra, de 1337 a 1453, que lanzó a Francia a la miseria y la incertidumbre; 5) el papado de Aviñón, de 1309 a 1376, signo del debilitamiento del poder político de la Iglesia y, por tanto, un factor de desequilibrio; 6) el gran Cisma de Occidente, de 1328 a 1429, que subraya más aún ese debilitamiento; 7) la rebelión y ejecución de Juan Hus y las guerras hussitas que desgarraron Bohemia hasta 1471 y provocaron el debilitamiento del imperio; 8) la destrucción total del imperio romano de Oriente, entre 1453 y 1461, por Turquía, una nueva potencia amenazante; 9) el comienzo en 1484 de la epidemia de sífilis que durante 30 años provocó en Europa miles de víctimas; 10) las pestes; 11) la organización, en 1233, de la Inquisición (creada ya por Inocencio III) para buscar a herejes.

²¹ Toda dignidad requiere un juramento que debe hacerse al rey, hincando ante él las rodillas, poniendo las manos entre las reales y jurando que guardará su vida y su salud. El juramento se hace siempre en el momento preeminente de la ceremonia caballeresca: «E desque el espada le ovieren ceñido, dévenla sacar de la vayna e ponérgela en la mano diestra, e fazerle jurar estas tres cosas: la primera que non rezele morir por su ley si fuere menester; la segunda, por su señor natural; la tercera, por su tierra. E quando esto oviere jurado, deve le dar una pescoçada por que estas cosas sobredichas le vengán en miente, diziendo que Dios le gué al su servicio e le dexé complir lo que allí le prometió» (ALFONSO X: *Siete Partidas*, II, XXI). En el XV este juramento no es tanto de dignidad como de seguridad.

²² Vid. RODRÍGUEZ VELASCO, J.D.: *El debate sobre la caballería en el siglo XV*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1996, especialmente pp. 275-374.

²³ Para asegurarse las almas —sobre todo las femeninas— el diablo se vale de diversas argucias. Una de las más interesantes para este trabajo es el hecho de que nunca habla sin ser primero interrogado, porque, para que no aleguen que el adversario las indujo al pecado, no les habla hasta que ellas no lo inducen. El silencio ajeno, por otra parte, es lo que más puede enfurecerlo, pues el mayor castigo para un soberbio es que no hagan caso de él o lo desprecien. De ahí que muchos santos —como san Benito, por ejemplo— no le digan palabra cuando se aparece a tentarlos.

²⁴ De hecho, en muchos de los tratados medievales sobre armas y caballería se llama *sacramento* al juramento.



Aunque, como hemos dicho, hay espíritus malignos en todo lo creado, el bien máspreciado para el demonio, la pieza más codiciada es el hombre. Por ello sólo trataré aquí la práctica para expulsar los demonios del cuerpo de los energúmenos, espiritados o endemoniados²⁵.

En lo referente al lenguaje, podemos acercarnos al diablo desde dos polos opuestos: la retórica —el diablo es el mejor retórico, el gran persuasor²⁶— y desde el exorcismo.

Por definición, el exorcismo es la «conjuración u oración a Dios y mandato que se hace al demonio de que salga del cuerpo de los posesos: muchas veces se usa solamente para preservarnos del peligro. Ordinariamente estas dos palabras, exorcismo y conjuro o conjuración, se tienen por sinónimas, pero el conjuro sólo se reduce a la fórmula con que se manda salir al demonio, y el exorcismo consiste en la ceremonia entera»²⁷.

Pero, en realidad, un exorcismo es una forma peculiar de comunicación entre dos extremos: el exorcista (el emisor de la comunicación) y el demonio al que se quiere expulsar del exorcizado (el receptor de la comunicación). La apariencia lingüística es la de diálogo, pero un diálogo peculiar.

Junto con los dos elementos de la comunicación (emisor y receptor) entra lo que en el diálogo normal suele ser el canal. En los exorcismos dicho canal es el territorio que se disputa en el diálogo; es decir, el exorcizado, que, frente a las apariencias, no es el receptor de la comunicación, sino un elemento accidental. Desde la óptica de las funciones lingüísticas este canal es secundario, casi un mero accesorio, en cambio desde el punto de vista de las funciones informativas es el elemento fundamental de la comunicación.

Otra característica ínsita al exorcismo es el hecho de que el diálogo se plantea como una mera contienda, sin intención de convencer sino de ejercer un efecto concreto sobre la realidad. Diálogo aparente, falso, por tanto, que no es sino una forma pura de ejercicio de poder que, en cuanto hay una consecuencia de este poder mediante la palabra, origina actos performativos que terminan en un *te exorcizo* o *te conjuro* que lleva a someter el poder del espíritu que ha ocupado el cuerpo del endemoniado.

²⁵ Un endemoniado es un «hombre de quien se apoderó el demonio y que le obliga a cometer algunas acciones y le atormenta. Se distinguen el poseso y el obseso: la posesión es por la que el demonio obra en lo interior de la persona que posee; la obsesión es por la que obra en el demoníaco solamente en el exterior. Los posesos se llaman también energúmenos, es decir, agitados en lo interior» (definición ilustrada del abate BERGIER, *Diccionario Enciclopédico de Teología*, Madrid, Impr. Hijos de D^a. Catalina Piñuela, 1831, t. III, p. 72).

²⁶ *Vid.*, por ejemplo, MILTON: *El paraíso perdido*; LEWIS: *El monje*; SANTAYANA, G.: *El último puritano*.

²⁷ BERGIER, *op. cit.*, p. 738.

Y, de nuevo, el poder omnímodo de la palabra. Exorcizar, como conjurar, absolver, bautizar o consagrar son actos performativos que exigen la palabra. No basta con el rito o la fórmula pensada, si no se expresa no es. De hecho en la Iglesia la oración comunitaria y vocal es más importante que la meditación, desde la idea de que las cosas existen cuando se expresan.

No deja de sorprender que mientras para una maldición, un daño o un aojamiento, es decir, para el advenimiento del mal vale casi cualquier expresión, para combatir dicho mal haya que utilizar fórmulas fijas de exorcismo, conjuro o plegaria.

Aunque para el exorcismo el sacerdote²⁸ debe proveerse y pertrecharse de un espíritu libre de las tribulaciones mundanales y de un cuerpo purificado por el ayuno y la meditación, así como escudarse tras una fe férrea, lo principal en todo el proceso de expulsión del demonio son las palabras²⁹:

- Deben usarse sólo las lícitas; o sea, las no supersticiosas³⁰.
- Nada de lo dicho debe contener una invocación explícita o tácita al demonio³¹.
- Las bendiciones, conjuros, amonestaciones, maldiciones, advertencias o protestas no deben contener ningún nombre desconocido.
- Nada de lo dicho puede ser falso, pues por esas palabras se cuela el demonio. Aquí entrarían todas las plegarias y conjuros populares (vg. *La Virgen bebió y no se murió, yo beberé y no me moriré*)³².
- Que en la recitación, lectura o salmodia se atienda sólo a las palabras que se dicen. Hay que orar con piedad, sin buscar gustos, deleites, suavidades o

²⁸ Los requisitos del exorcista son una fe indubitable, confianza en Dios, alma limpia, contrición y dolor verdadero. No debe tener pecados para que el demonio no tenga poderes sobre él. Poseerá una verdadera humildad para considerar que es sólo el instrumento indigno del que se vale Dios. La razón de su trabajo será la glorificación de Dios, no la propia vanagloria. Llevará el alma libre de los cuidados y negocios del siglo. Estará purificado por ayunos y penitencias. Será lo suficiente perspicaz para distinguir las enfermedades de la verdadera posesión (*vid.*, entre otros, NOYDENS, B.R.: *Práctica de exorcistas y ministros de la Iglesia*, Valencia, 1711).

²⁹ Cf. *Malleus maleficarum*, entre otros.

³⁰ No se puede pedir favor al demonio, aunque sea para quitar un maleficio o para expulsarlo de algún lugar, porque, aunque el fin sea bueno, no es lícito el favor del enemigo que se pide con una invocación o con un pacto secreto de llamamiento. Se conoce si en el remedio que se aplica hay o no invocación o pacto si cuando, para alcanzar un bien o evitar un mal, se aplican medios o remedios que no tienen virtud natural o sobrenatural para causar tal efecto. Es decir, no se aplican, por tanto, como causas pues no tienen tales efectos, sino como señales de pacto, puesto que al no ser sacramentos ni sacramentales no son divinos.

³¹ Son interesantes, respecto a esto, las expresiones populares del tipo «hágase el milagro y hágalo el diablo».

³² No se puede deshacer un maleficio con otro, ni tampoco invocando la acción del diablo. Eso sí —y en ello apunta cierta incongruencia— puede quitarse un maleficio, incluso un diablo puede abandonar un ser animado o inanimado, pidiéndole que deshaga la señal del pacto, destruyendo el hechizo o instrumento del que pende la asistencia del demonio en la persona o parte maleficiada. Y ello es lícito porque no se implora el favor del demonio, sino que se destruye su obra para que se aparte contra su voluntad, obligado por el pacto hecho.



- ternuras en la oración. No habrá que intentar con ella consuelos ni dulzuras, sino sólo debe rezarse por amor de Dios, sin buscar beneficios del Padre.
- Que no se coloque esperanza alguna en la forma de escribir o leer.
 - Debe evitarse toda curiosidad en palabras, acciones y preguntas. Sólo se mostrará interés en lo que sea necesario para ayudar al afligido y librar a sí mismo y a los circunstantes de los peligros de los demonios.

Hay que dejar manifiesto que en todo este ritual exorcizante hay un discurso paralelo, de facto, entre lo católico y lo popular y tradicional. Es decir, el que se bendigan y exorcicen las casas, los muebles o el metal de las campanas para expulsar el espíritu del mal presupone que la Iglesia creía que estaba en ellos, lo que no deja de contravenir la doctrina³³. Mientras que los saudadores y conjuradores se aperci-ben de amuletos, los exorcistas llevan sobre el cuerpo óleos sagrados, agua bendita, nóminas (sobre todo con las primeras palabras del evangelio de S. Juan) arrolladas al cuello, reliquias, sacramentales, etc³⁴. Si para conjurar la tormenta el arresponsador traza un círculo de sal en el suelo, el exorcista lleva colgada al cuello una ampolla con sal bendita, etc.³⁵

Un exorcismo o un conjuro son siempre anatemizantes y suponen que el hombre no considera la posesión demoníaca como ineluctable.

La preeminencia, la supremacía del exorcista sobre los demonios le viene por su condición de representante de Dios. Pero esta superioridad, con ser eidética, no es fundamental para el exorcismo³⁶; sino que el aro con que se anilla a los diablos para sacarlos del cuerpo es el nombre³⁷. El exorcista es poderoso cuando conoce el

³³ Porque en cualquier efecto han de concurrir una de tres cosas: *natural*, que tenga virtud propia para producirlo; *sobrenatural*, que es de Dios y sus ministros; o *preternatural*, que ha de ser por virtud de ángeles y demonios. Cuando encontramos, entonces, algo natural (piedras, sal, amuletos...) que intenta, por ejemplo, curar una enfermedad y no tiene virtud para la salud, ni se espera ese beneficio de Dios porque no se pide por oraciones santas, sacrificios o citas de autoridad de la Iglesia, hay en ello mano del diablo que intenta marrotar el conjuro o el exorcismo.

³⁴ Incluso, para exorcizar las casas y disolver los hechizos que sobre ellas pudiera haber, el sacerdote debe bendecir y tomar oro molido, incienso, mirra, sal, oliva, cera bendita y ruda, mezclarlo devotamente y ponerlo —preferentemente cuando la luna esté en menguante— en cada esquina de la cama del dueño de la casa, bendiciéndola tres veces con la señal de la cruz y honra de la santísima Trinidad.

³⁵ Incluso una de las formas que propone la Iglesia es destruir las señales del maleficio con otras. Por ejemplo, si una bruja maleficia al tocar, se sacude la parte tocada y se quita el maleficio; o si un mago, endemoniado, etc., da el mal a una persona y ésta le devuelve pan o sal cesa el daño. De nuevo la paradoja, la incongruencia. Asimismo, durante los exorcismos se pueden utilizar azufre benido, pez y resina para recordar a los diablos los tormentos que les esperan en el infierno.

³⁶ Había un cuerpo de exorcistas; cualquier hombre bueno puede exorcizar; los conjuradores expulsan espíritus maléficos y no son curas, etc.

³⁷ Si el demonio no obedece al exorcismo, se escribirá su nombre en un papel bendito y se le quemará en fuego también bendecido.



nombre de los espíritus y su significado³⁸. Una vez más el tabú y el poder de la palabra que toma, e incluso incrementa el poder de lo que representa³⁹.

Respecto a la trascendencia del nombre, tenemos que una de las funciones de los ángeles es aficionarnos al de Jesús, nombre impuesto por el Padre Eterno, y —según los tratados sobre ángeles— de principal veneración, entre todos los de Dios, porque costó sangre, pasión y muerte al Verbo encarnado y que de todos ha de ser nombrado e invocado pues a todos da salud. Es decir, el nombre también es salutífero.

Es tal su importancia, que se justifica en todos los casos latinos⁴⁰. En nominativo porque, como dice la gramática, la persona que hace se pone en este caso. Y Jesús —*Iesus*— todo lo hace: en cuanto Dios, es quien nos crea y mantiene; en cuanto hombre nos redimió y, en cuanto que da su gloria, nos hace bienaventuranza. Vocativo deriva de *voco* «llamar» y es el caso con el que llamamos; supuesto esto, no hay ser en el cielo ni en la tierra a quien pertenezca dicho caso como a *Iesu*, porque de cuantos nombres compuso Dios y manifestaron los ángeles, éste es el principal para que lo invoquemos. En genitivo se pone la persona de quien es la cosa, y por esta razón también le pertenece el caso genitivo —*Iesu*—, supuesto que es suyo cuanto hay en el cielo y la tierra, en particular ángeles y hombres. Pero, además, se puede entender también la palabra *genitivo* por *genitus* y veremos que, por excelencia, se dice de Cristo, que fue propiamente engendrado; el verbo divino fue creado antes de los tiempos, desde la eternidad. El dativo, según la gramática, marca la persona sobre la que recae el daño o provecho de una acción. *Iesu* cuanto

³⁸ Como los ángeles son servidores de Dios no dicen su nombre, sino que buscan la gloria del creador en todas las obras. Así, cuando Jacob preguntó su nombre al ángel que luchó junto a él, éste lo reprendió diciendo: «¿Por qué preguntas mi nombre? No te canses, busca el de sólo Dios a quien debes dar las gracias y consagrar las glorias de este favor y la bendición que te doy». Ocurrió igual con los padres de Sansón, cuando el padre «Manuel le preguntó cómo se llamaba, con intención de ofrecerle sacrificio, callando su nombre le respondió: si quieres ofrecer sacrificio, ofrécelo a Dios, a quien es debida toda honra y gloria, por ser el criador y supremo señor, autor de todo lo bueno, cuyo criado soy y en su nombre hago esta embajada». Y ésta es la plática general en todos los ángeles. La actuación contraria es la del ángel malo, cuya condición es quitar la honra de Dios y usurparla para sí. Cuando el demonio dice su nombre, el exorcista debe conocer su significado, pues el nombre suele declarar su propiedad o natural condición; o sea, el vicio o pecado que preside o al que asiste, con lo que podrá aplicar mejor el remedio con la virtud contraria.

³⁹ Podemos relacionar con esto la renuncia al nombre propio cuando se entra en algunas órdenes religiosas. También se cambia el nombre en los pactos diabólicos. En el primer tomo de su *Compendium Malleficarum*, Francesco Maria Guazzo enumera las ceremonias que Satán exige al que le rinde pleitesía. Una de ellas, la sexta, es «Recibir determinado bautismo sacrílego y, tras abjurar de sus padrinos cristianos, se les atribuyen los nuevos, que deben darle la instrucción necesaria en el arte de la brujería; han de renunciar a su propio nombre y tomar otro, la mayor parte de las veces un apodo absurdo e indecente».

⁴⁰ Cf. BLASCO LANUZA, F. de: *Patrocinio de ángeles y combate de demonios*, San Juan de la Peña, 1652, p. 335 y ss.

obró lo hizo para nuestro provecho y le debemos, por dativo o donativo de agradecimiento perpetuo, toda la honra y la gloria. Con mucha propiedad podemos poner *Iesum* en caso acusativo porque, siendo el resplandor del Padre eterno y espejo sin mancha de los ángeles y bienaventurados, fue acusado como pecador. En ablativo se pone el instrumento. El hombre, para ejecutar alguna obra, siempre se vale de medios naturales; y considerando esto está muy bien el nombre de Jesús en ablativo —*a Iesu*— porque debemos valernos de él para dar principio, medio y fin a todas nuestras obras y siempre lo tendremos a mano en toda empresa que intentemos.

Volviendo a los exorcismos, comprobamos que la estructura es similar en todos: el conjuro para abandonar el cuerpo; una admonición en que se recuerda y describe a los demonios el bien y la felicidad que perdieron, para con ello debilitarlos; y una orden imperiosa para que, en nombre de Dios, Cristo, la Virgen, santos, etc., salga del energúmeno.

Dicha disposición se mantiene, en cierta forma, en los conjuros populares para arrojar al demonio, mucho más difundidos y, para la percepción popular, más hacederos e incluso más eficaces. Por ejemplo:

Comencemos la oración rezada con devoción el día de la Encarnación.

A Jerusalén irás, al demonio encontrarás y cien veces le dirás:

«Quítate de ahí, enemigo, no te quiero ver conmigo, ni tengo parte contigo, ni tengo ni la tendré, que el día de la Encarnación cien veces me persigné, por siempre jamás. Amén.

(Se rezan diez avemarías)

Continuemos la oración pidiendo la bendición el día de la Encarnación: que no caiga ningún rayo, ni las heladas de mayo, ni mujer muera de parto.

Por la señal de la cruz, en el nombre de Jesús

(Se rezan diez avemarías)

Ya te pedimos, señor, que infundas en nuestra mente una gracia permanente, para que con su favor, los que del ángel sabemos de Cristo la Encarnación, por medio de su pasión, su Cruz y Resurrección, la eterna gloria logremos. Amén».

Por supuesto, en la situación de disputa exorcística, los elementos gramaticales propios son:

- a) El imperativo y vocativo.
- b) El léxico de polémica y guerra, con verbos de porfía, como *osar*, *atreverse* hasta los de finalización del combate, de exilio, como *sal*, *vete*, *huye*, etc., u otros meramente destructivos como *destruir* o los que, aun siendo imprecisos, contienen un valor negativo: *tiembla*, *huye*, *desiste*, *condénate*, *arde*, etc.
- c) Junto a estos verbos negativos hay otros positivos, en una parte adelgazada del mensaje, que es el final feliz de la disputa; pues lo que importa en estos mensajes es la duración de la batalla, su resultado final es muy rápido. En este sentido podríamos decir que se semeja un tanto a los recursos de la épica, en que la acción dura mucho y lo importante, el buen fin, se resuelve en un suspiro.
- d) El desequilibrio que apuntamos en los verbos se percibe también en el valor positivo o negativo de otras palabras, en cuanto que el contraste —recorde-

mos de nuevo que no hay diálogo sino contraste, lucha— muestra un peso excesivo de lo negativo:

- *Dragón, áspid, cerdo,.../ cordero.*
- *Infecto, miserable, bestial, bestia, malvado, rebelde, soberbio, pecador... / ángel, gloria.*
- *Gritar, aturdido, asombrado, terrorífico, repugnante, gruñido...*
- Elementos de las catástrofes naturales: *hielo, granizo, tormenta...* sin ninguno positivo relativo a nada de la naturaleza.

Caracterizador del léxico es lo que tiene relación semántica con *arrojar, echar*, etc., porque es la consecuencia del exorcismo y lo que se persigue: *sal, vete, desata, expulsar, derrotar...* Y con ello un adjetivo, *vencido*. Ahora bien, todos estos términos tienen como contrapartida *subyugar*, que es lo que se ha roto.

Para afianzar el conjuro, el exorcista insulta al diablo, generalmente con los epítetos de las escrituras sagradas, e incluso le pone nombres ridículos —*Garabato, Carbonero, Verdugo, Cocinero de Acarón*, etc.— para que se sienta humillado y termine por abandonar el cuerpo.

La fuerza de la palabra como conjuradora se ve incluso en la epigrafía de las campanas, en donde funciona como *detente*. Lógicamente en ellas se potencia la consagración del metal, el sonido y la propia campana como objeto sagrado. En el bronce campanil están grabados la cruz de san Benito y diversos exorcismos comunes y bien conocidos⁴¹.

En el exorcismo hay también elementos no estrictamente lingüísticos, pero sí simbólicos, caracterizadores del mensaje.

Se trata, por un lado del recurso a una serie de símbolos que funcionan a modo de canal entre el lenguaje articulado («*te exorcizo*») y la divinidad. Son la imposición de manos, apoyar la Biblia u otro libro sagrado en la cabeza del endemoniado, soplarle en el rostro y, sobre todo, trazar el signo de la cruz que es, además de profesión de fe, un gesto teúrgico, una defensa y un antídoto.

Además, al tiempo que al hombre, se exorciza a los cuatro elementos —tierra, aire, agua y fuego—, circunstancias secundarias en el exorcismo, pero que al estar tomados también por el enemigo, son complementarios de su fuerza.

Todo ello es, en el fondo, una forma de lenguaje en el que lo performativo se refuerza, como en la liturgia, con símbolos que actúan como si de una realidad se tratara.

Ahora bien, en dichos signos hay una gradación respecto a su relación con la realidad en la que quemar un papel con el nombre del o de los demonios resulta más cercano a una realidad en que se quiere quemar a un enemigo, o el empleo del agua bendita se percibe inmediatamente como signo de purificación.

⁴¹ Vid. ALONSO PONGA, J.L., y SÁNCHEZ DEL BARRIO, A.: *La campana. Patrimonio sonoro y lenguaje tradicional*, Valladolid, Caja Madrid, 1997.





A este respecto, hay un signo especial: lo que Coseriu llama lenguaje repetido. Es decir, todas aquellas partes del Evangelio, Salmos, la Biblia, etc., que se entremezclan con las órdenes. Porque tras cada conjuro o tras cada admonición se lee un fragmento de un libro sagrado, que suman el poder de su sacralidad al de la palabra⁴².

Me he referido a que estamos en un circuito de la comunicación en que un exorcista arroja a un diablo fuera del espiritado y que los dos primeros son los elementos de este diálogo particular, en el que el exorcizado —fundamental informativamente— es el campo en el que se desarrolla. Ahora querría precisar que se trata de un diálogo trunco, como ocurre con cualquier diálogo por medio del que se ejerce la violencia: va en una sola dirección y no tiene ninguna respuesta argumentativa, sino que la respuesta es que se consigue el efecto deseado (que el diablo se vaya al infierno). No obstante, a veces hay una apariencia de diálogo, aunque sea expresando el resultado, y es cuando el exorcista usa la primera persona dando voz al demonio: «Salgo yo, el transgresor; salgo yo, el seductor; yo que destruyo todo; falacia de las virtudes de los enemigos; perseguidor de los inocentes». Es decir, la respuesta no es lingüística, sino de actuación, en la que se logra lo que el acto de exorcización tiene de performativo.

En el fondo todo ello no es más que la confianza en la «palabra verdadera», mezcla de la palabra y del apoyo de la verdad teológica.

En realidad era necesaria la palabra porque en el medievo, por lo que hemos visto, la gente no estaba segura de la magnitud del poder del diablo ni de la capacidad y eficacia de Cristo para combatirlo, ni siquiera sabían muchas veces —igual que nos ocurre, igual que ocurrirá— donde están el bien o el mal. Y en esa incertidumbre la palabra sosiega, aparentemente, pero tampoco elimina los terrores.

⁴² Esto no sólo en los exorcismos cristianos, sino también en los musulmanes, por ejemplo. Hay excelentes referencias a ello en el *Libro de los dichos maravillosos* (ed. de Ana Labarta), Madrid, CSIC, 1993. Incluso en el conjuro popular que hemos visto más arriba, tras cada plegaria, se rezan diez avemarias.

EXORCISMO

«Te conjuro a ti, serpiente antigua, por el juicio de los vivos y muertos, por tu creador, por el creador del mundo, por el que tiene la potestad de mandarte a Gehenna, que te separes lo antes posible, con toda tu rabia, de este esclavo de Dios, que recurrió al seno de la Iglesia.

Te conjuro (cruz en la frente), no con mi debilidad, sino con la fuerza del Espíritu Santo, que salgas de este esclavo de Dios, que el omnipotente Dios creó a su semejanza. Aléjate, pues, aléjate, no de mí, sino del ministro de Cristo. Él, que te subyugó bajo su cruz, se te opone con su fuerza. Tiembla ante su brazo, que, al vencer los gemidos [las penas] del infierno, condujo las almas hacia la luz.

¡Que te atemorice el cuerpo del hombre! (cruz en el pecho). ¡Que te aterre la imagen de Dios! (cruz en la frente).

No resistas ni demores en salir de este hombre porque sólo Cristo puede habitar en él. Y no podrás contenerme, pues sabes que no estoy en pecado.

Te lo ordena Dios (cruz). Te lo ordena la majestad de Cristo (cruz). Te lo ordena Dios padre (cruz). Te lo ordena Dios hijo (cruz). Te lo ordena el Espíritu Santo (cruz). Te lo ordena el sacramento de la cruz (cruz). Te lo ordena la fe de los santos apóstoles Pedro y Pablo y todos los santos (cruz). Te lo ordenan a ti los muertos en el martirio (cruz). Te lo ordena la confesión de los santos (cruz). Te lo ordena la intercesión de todos los santos (cruz). Te lo ordena la fe cristiana en los misterios de la virtud (cruz).

Salgo yo, el transgresor; salgo yo, el seductor; yo que destruyo todo; falacia de las virtudes de los enemigos; perseguidor de los inocentes.

Deja lugar, malvado; deja lugar, el más impío; deja lugar a Cristo, en el que no hallaste ninguna de tus obras; a quien te despojó; a quien destruyó tu reino; a

⁴³ Presentamos algunos exorcismos, a modo de ilustración. Aunque hay diversos tratados sobre exorcismos, los más útiles para este trabajo han sido el *Decreto Ungraciano* y la *Práctica de exorcistas*. A pesar de lo difundido en los círculos exotéricos medievales, no ejemplificamos con conjuros del *Libro de san Cipriano*, más conocido por *El Ciprianillo*.



quien te ató, venció y te arrojó a las tinieblas exteriores, donde a ti, junto a tus ministros, os está preparada la muerte [la destrucción, la nada]. Eres reo del omnipotente Dios, eres quien transgredes sus leyes, eres reo de su hijo Jesucristo, nuestro señor, a quien osaste atacar y a quien supusiste crucificar. Eres reo del género humano, a quien, con tus seducciones, ofreciste el veneno mortal.

Te conjuro, pues, malvado dragón, en el nombre del cordero inmaculado, que anda entre áspides y basiliscos, que pisoteó al león y al dragón, a que abandones a este hombre (cruz en la frente), que te separes de la iglesia de Dios (hágase la señal de la cruz sobre los circunstantes); tiembla y huye cuando se invoque el nombre del Señor, ante quien tiemblan los infiernos y a quien obedecen las fuerzas del cielo, los imperios y las tiranías; a quien querubines y serafines alaban con infatigable voz diciendo: *Santo, santo, nuestro Señor Dios*. Te lo ordena el Verbo; te lo ordena el hijo de la Virgen; te lo ordena Jesús nazareno, que tú —desterrado— despreciaste junto a sus discípulos y sal, postrado, del hombre, aléjate del hombre y no pretendas entrar ni siquiera en una pira de cerdos. Aléjate, pues, ahora del hombre, que Él mismo creó».

ADVERTENCIA

Quando el exorcista quisiere concluir con el conjuro, por un tiempo, y el demonio no hubiere abandonado al enfermo, dirá con mucha y gran confianza en la protesta y exorcismo siguientes, en ésta y en las demás ocasiones:

PROTESTA

«Cuando aparezca algún demonio superior o maldito, no desistáis de la divina invocación para libraros de la persecución de tal criatura, y no penséis que alguno de vosotros podrá permanecer impune, porque el fuego, el granizo, la nieve, el hielo y el espíritu de los atormentados formará vuestro cáliz».

EXORCISMO

«Que reine el Señor sobre todos vosotros, espíritus impuros, que os encontráis en este cuerpo, no pretendáis subir a la cabeza o hacia los miembros de esta criatura de Dios nuestro y hacerle daño. Descansad y haced todo lo atingente a la salud del cuerpo y el alma, y en honor del Dios omnipotente, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén».

(Dicho esto se echa agua bendita al endemoniado y a los circunstantes diciendo:)

«Que se alejen todas las insidias escondidas de los enemigos y si hay algo que, bien pueda dañar la seguridad de los habitantes, bien su tranquilidad, que se vaya mediante la aspersion de esta agua, en nombre de aquel que vendrá a juzgar a vivos y muertos».



EXORCISMO

El exorcista, mostrando con el dedo el santísimo sacramento, dirá así:

«Aquí está, o espíritu maligno, la suma piedad; aquí está aquel que sufrió por nuestra salvación.

Éste es su cuerpo, que fue engendrado en el cuerpo de la Virgen, que fue clavado en el madero de la cruz, que yació en la tumba, que venció la muerte y subió al cielo ante los ojos de sus discípulos.

Por tanto, ante esta majestad con sumos poderes, te presento a ti, maligno espíritu, para que salgas y huyas de esta criatura de Dios nuestro y no intentes mortificarlo más. Amén.

¿Cómo caíste del cielo, Lucifer, que naciste con el amanecer? ¿Caíste en la tierra para dañar a la gente?

Decías para tus adentros: «sobre los astros de Dios levantaré mi trono y me sentaré en el monte del testamento en los confines de la Aquilonia. Cuando ascienda a la altura de las nubes seré igual que el Altísimo».

Sin embargo, retrocederás al infierno, en lo profundo del lago. Los que se encuentren ante ti, se inclinarán y contigo perecerán.

¿Acaso éste es el hombre que turbó la tierra y turbó los cielos?

En cambio tú, Señor, compadécete de nosotros».

EXORCISMO

«Os conjuro, malvados ladrones, por la eximia caridad de Cristo con los hombres, que está patente en el sagrado cuerpo, en su preciosa sangre, en la eucaristía bajo la apariencia del pan y del vino. Él quiso darse a ellos mediante la comida y bebida espiritual, mediante la conmemoración de su pasión y la oblación de su cruento sacrificio, ante cuya fuerza huyen hasta los más fuertes enemigos.

No oséis menospreciar en forma alguna el cuerpo del hombre cristiano que, lejos de vuestro juicio, está presente en el sacramento y fue digno de tanta honra.

Oh miserable y malvado espíritu, he aquí contra ti tu creador; invoqué al que castiga, cuya magnanimidad despreciabas, considerando que no iba a dañarte. Debiste recordar cómo cuidó de ti desde el principio de tu propia creación.

Escucha, oh infeliz, tu ignominia. Vosotros, espíritus brutales, que un tiempo os creísteis los más nobles de entre los hombres, fuisteis creados por el Dios omnipotente. Poseísteis todos dones sublimes, pero erais los más vanidosos, y desde el principio de vuestra condición —como humanos— os mostrasteis no sólo ingratos con vuestro creador, sino también rebeldes, estallando en una ola de soberbia, envidia y profundo odio.

¡Oh máxima ingratitud! ¡Oh inaudita imprudencia! ¡Oh crimen que han de borrar las llamas eternas!

Escuchad lo que dice el todopoderoso creador del cielo —a través de Isaías, 14— de vuestro príncipe, de cada uno de vosotros y del sumamente soberbio Nabucodonosor, que tanto se semeja a Satanás.





¿De qué modo —dijo— caíste del cielo, Lucifer? Naciste con la luz y caíste a la tierra. Caíste tú y, fascinado por tu belleza, hablabas a tu propio corazón, blasfemando contra tu creador cuando debías alabarlo: «Subiré al cielo y levantaré mi trono sobre los astros del cielo. Me sentaré en el monte del Testamento, en los confines de Aquilonia. Subiré más allá de las nubes y seré igual al Altísimo».

¡Oh temeridad de todas tus palabras! ¡Vuelve al infierno, en lo profundo del lago, oh espíritu ingrato y maligno!

Los que te vean, a pesar de tanta dignidad, residiendo en un cuerpo humano, pero, en realidad, escondiéndote bajo unos intestinos infectos, con gestos bestiales y gritando con lamentos de mujer, te contemplarán aturdidos y asombrados mientras ven cómo descenderás a lo más profundo, rechazado, desde tanta altura.

¡Oh infeliz!, ¿cómo puedes soportar lo que dice, lo que profetiza el Dios omnipotente —a través de Ezequiel 28— sobre el soberbio rey Tiro a quien enseñaste y tuviste bajo tu férula?: tú estabas designado para tener la sabiduría plena y te sentías absoluto en las paradisíacas delicias de Dios. Tu lecho estaba lleno de todo tipo de piedras preciosas: topacio, ágata, crisolito, ónix, berilo, zafiro y esmeraldas; el oro decoraba a tu gusto; las grietas aparecieron el día en que tú fuiste creado. Tú, oh querubín protector y único, que recorriste el monte sagrado de Dios en medio de las piedras de fuego; estabas perfectamente y en el camino correcto desde el día de tu creación hasta que nació en ti la zozobra, la inquietud. Tu interior estaba tan inquieto que se proyectó en numerosos actos negativos. Pecaste y te expulsaron del monte de Dios. Te perdiste, oh querubín protector de las piedras de fuego, y te fuiste, puesto que eras indigno de la comunidad celestial. Perdiste la sabiduría y, de ángel, te transformaste en una bestia terrorífica y repugnante.

¡Oh, el más infeliz y el más imprudente de todas las criaturas! ¿Cómo te atreves, después de tanta gloria, a aparecer entre los hombres y animales emitiendo un gruñido similar al de los cerdos?

Avergüénzate y huye. Teme los reinos del omnipotente Dios. Ahora yo, siervo y sacerdote de Jesucristo Nazareno, con la autoridad y fuerza del omnipotente Dios, del Hijo y del Espíritu Santo, te ordeno que dejes de ocupar el templo de Dios y contra ti invoco la Santa Trinidad, que venza tu contumacia, la Virgen María, todos los espíritus buenos, todos los elegidos de Dios a los que suplico, humildemente, que me ayuden contra ti.

Huye, infeliz. Huye, ladrón, porque ahora el juez está iracundo.

Aquí está contra ti el juicio de Jesucristo Nazareno. Que reine en ti el señor que vendrá a juzgar a los vivos y muertos».

EXORCISMO

«Te conjuro en nombre del Dios vivo para que no contradigas [desobedezcas] de ninguna manera la palabra verdadera».

EXORCISMO

«Te conjuro a ti, espíritu maligno, en nombre del Dios vivo, en nombre del Dios inmortal, por el omnipotente Dios nuestro salvador, que te manifiestes rápidamente y obedezcas en todo a tu creador y a sus ministros. Reconoce tu sentencia y honra al verdadero hijo de Dios, Nuestro Señor Jesucristo.

Te exorcizo, espíritu maldito, que osaste entrar y atormentar el cuerpo de esta criatura, en nombre de nuestro señor Jesucristo, que padeció por nosotros para que pudiéramos sentarnos junto a él en el juicio, y a quien tú quisiste asemejarte. Tanto más te torturarás, cuanto más te niegues a obedecerlo. Ven, maldito, en nombre de Jesús Nazareno, a quien alaban todas las criaturas, ante quien se postran los seres del cielo, de la tierra y del infierno, el que transformó en demonios a sus ángeles y quemó con fuego a sus ministros».

EXORCISMO

«Te exorcizo, espíritu maligno, por Jesucristo nuestro señor, el verdadero hombre y Dios, a quien osaste tentar en el desierto. El que por su humildad y por la pasión de su muerte veneran los ángeles; el que fue coronado por su honor y gloria para que fuera cabeza de todos los principados y poderes, a quien los ángeles desean semejarse y cuya sangre ha redimido a este siervo de Dios.

Sal de él, pues, demonio apóstata, deja sitio al Dios omnipotente, a quien se entrega este siervo; a Cristo nuestro señor, que lucha contra vuestra negligencia; a los santos ángeles, bajo cuya protección está este sacerdote de Dios, que invoca su ayuda contra ti. No pretendas impedirle, con tus amenazas y engaños, que esté al servicio de Dios. Deja espacio a Miguel, Gabriel y Rafael, que ejecutan los ministerios divinos más importantes, y bajo cuya protección está la fe de todos y la salud de las almas.

Que tu destrucción sea la mayor».

EXORCISMO

«Que desciendan y vengan sobre ti, sobre Lucifer, sobre los príncipes de los demonios, sobre quien te auxilió y ayudó, la Virgen María y toda la corte celestial».

EXORCISMO

Tomando en la mano el papel bendito en el que se ha escrito el nombre del o de los demonios que poseen al endemoniado, y prendiéndole fuego se dice:

«¡Que perezcan todos tus pensamientos con tu destrucción y que tus consejos se pierdan en la confusión eterna! ¡Que sea inmediata tu expulsión de esta criatura, siervo de Dios nuestro señor!

Arrojo al fuego tu nombre para que se quemé y no quede de él más que sulfuro, de tal modo que, sin dilación, sientas en su propia sustancia que tu alma está maldita para siempre.

Que ardas más dura y horriblemente que esta astilla, que arda tu imagen y aumente tu dolor hasta el día del juicio, de tal forma que, ya vencido, decidas salir de esta criatura de Dios, nuestro señor.

Y tú, mi Señor, confirma esto con tu fuerza y tu potencia, ahora y hasta la eternidad, igual que se lo confirmaste a los ángeles buenos en gracia y virtud. Hazlo saber, oh Señor, con tu ira y envíale tu ira para que la pena lo devore».

EXORCISMO

Poniendo la mano sobre el energúmeno, el exorcista dirá:

«Expulsa, oh Señor, el diablo de esta criatura tuya. Desata todos los cabos con los que le ató Satanás para que, liberado por dentro y por fuera, te pueda servir con una entrega sincera.

Tú, oh Señor, te dignaste crear el cuerpo y alma de esta criatura; ahora dignate salvar todo su cuerpo y toda su alma. Por nuestro Señor Jesucristo, su hijo».

EXORCISMO

Una vez que el exorcista sepa el nombre del demonio, sus cómplices y compañeros, la causa por la que entraron, la hora, etc., debe obligarle a salir con duras amenazas y oprobios. Tras ello dirá:

«E igual que estas palabras son verdaderas, así, con la virtud que tienen, no oses ocultar la verdad de ningún modo y sal de este siervo, de esta criatura de Dios, en nombre de nuestro Señor Jesucristo Nazareno, crucificado».

EXORCISMO

«Te conjuro a ti, espíritu rebelde, en nombre del Dios, para que me obedezcas de inmediato y para que te alejes, por la virtud de los santos y en nombre de Dios.

Te arrojo a un lago de fuego y sulfuro y te condeno eternamente.

Te conjuro, serpiente antigua y sibilina, por el Dios vivo que dijo a los profetas: «yo mataré, yo daré la vida, perseguiré, sanaré y no habrá quien pueda escapar de mi mano», para que te alejes de inmediato con la misma forma e imagen, por la virtud de los santos y en nombre de Dios. Te arrojo en el lago de fuego y sulfuro para que ardas eternamente y te condeno hasta el día del juicio. Amén.

Te conjuro por aquel que dijo: «no deseo la muerte de un pecador, sino que se convierta para que viva más», para que salgas de inmediato de este esclavo de Dios, que se arrepiente de haber pecado, se volvió a Dios y le suplicó miseri-



cordia y ayuda para que no estuviera siempre enojado ni lo amenazara eternamente.

Te conjuro por la autoridad que nuestro Señor Jesucristo dio a sus apóstoles, a sus sucesores y a todos los que creen en él diciendo: «he aquí que os he concedido la potestad y la fuerza de todos los espíritus malignos», para que me obedezcas y te alejes de este esclavo de Dios. Te condeno, según lo sentenciado, y con la autoridad que me han dado, ya que creo en Cristo.

Te conjuro, te exorcizo y te condeno por aquel que todo poder, todo honor y toda gloria, tanto las fuerzas celestiales como las infernales, adoran y con el que tiemblan, para que abandones sin demora a este esclavo de Dios.

Que te expulse el hijo de Dios vivo, que es el principio de toda criatura. Que te derrote el arcángel de Dios, Miguel, como lo hizo en un principio. Que te venzan todas las fuerzas del cielo, en nombre del padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Te conjuro, espíritu rebelde, por los votos de los profetas, por los méritos de los apóstoles, por la victoria de los mártires, por la fe de los confesores, por la castidad de la Virgen, por la muerte de todos los santos y santas, por los elegidos de Dios, para que abandones a esta criatura de Dios.

Te conjuro por la gracia del Espíritu Santo, por los siete candelabros que están a la derecha de Dios, por el terrible día del juicio, por los clavos, por el sudor, por la sangre, por las cinco heridas de Cristo, por su amor, por el amor en que ardía la Virgen María y por el amor de Cristo y la Iglesia, para que abandones de inmediato a esta criatura.

Te condeno y te arrojo en un lago de fuego y sulfuro, quemándote para siempre.

Que se dirija hacia ti Lucifer, el espíritu más malvado, con todas sus furias, sus penas infernales y toda su indignación.

Que levante indignado su furia y te hiera y aflija de inmediato hasta el día del juicio, igual que sufrió el enviado de Dios todas las penas del infierno ya mencionadas por mí antes. Amén».

EXORCISMO

Conjuro contra todos los elementos, para que de ninguna manera favorezcan al demonio, por haber sido rebelde a Dios y a los ministros de la Iglesia:

«Te conjuro a ti, aire, (trazando el signo de la cruz) por Dios omnipotente, por su Hijo, nuestro Señor y por el Espíritu Santo, por aquel a quien obedeciste cuando mandaba a mares y vientos y trajo la calma, para que no tengas poder de retener en ningún lugar al demonio ni a ninguno de sus partidarios; y para que lo alejes de ti igual que el Señor expulsó a Caín.

Te conjuro a ti, tierra (trazando el signo de la cruz) , por Dios todopoderoso, creador de todo lo visible e invisible, por Jesucristo, hijo único, que fue concebido por el Espíritu Santo, nacido de la Virgen María, hecho hombre y crucificado por nosotros, enterrado en tu regazo [el de la tierra], a quien conociste y, conocién-



dolo, temblaste por su glorioso sepulcro, para que no te atrevas a retener a este espíritu maligno ni a ninguno de los que le siguen o favorecen; sino arrójalos de tu faz [*sic*] y de esta criatura de Dios. Devóralo como devoraste a Datán y a Abyrón, con sus tabernáculos y todo su ser, para que sea arrojado a lo más profundo de los infiernos, crucificado para siempre y de donde jamás pueda salir.

Te conjuro a ti, agua (trazando el signo de la cruz), dondequiera que estés, por el sagrado bautizo, ya que por ti se hizo Cristo hijo de Dios en el bautizo y la regeneración del alma. Por el sagrado sudor de Cristo y por el agua que salía de su cuerpo, no te atrevas a retener más a este espíritu malvado ni a sus súbditos, sino expúlsalo rápidamente, igual que Cristo expulsó a los siete demonios del cuerpo de María Magdalena.

Te conjuro a ti, fuego (trazando el signo de la cruz), dondequiera que estés y residas, por Dios vivo, que apareció ante Moisés en forma de fuego y salvó a tres niños de arder en llamas, y por todos los sacrificios que se hicieron en ti en alabanza del Dios omnipotente, para que no te atrevas a retener más a este demonio, sino que lo dirijas al fuego del más profundo infierno. Amén.»

Una vez que el exorcista ha conjurado todos los elementos, debe promulgar su sentencia contra el demonio bajo esta forma:

«Tú malvado, fuego infernal, y vosotros, príncipes de las tinieblas, todos escuchad y entended las palabras que salen de mi boca.

Os ordeno, por aquel que os subyugó bajo su dominio y por su potencia y potestad, que me obedezcáis por la autoridad que me ha otorgado nuestro Señor Jesucristo y que cumpláis todos nuestros mandatos.

Te conjuro a ti Lucifer, príncipe de los infiernos, por el terrible día del juicio y por todas las palabras por las que puedas atarte y sentirte obligado, para que no dejes escapar este espíritu malvado, sino que lo atraigas a ti y le hagas llegar con toda su furia e indignación. Que atraigas también a todos sus seguidores, a los que tiene sujetos en el cuerpo de este siervo de Dios. Que escapen todos y no vuelvan; que mueran igual que muere el humo del fuego.

Arrojaos todos vosotros, demonios del infierno y de tu infierno, contra él y contra todos sus seguidores y torturadlo con las torturas más atroces.

Extiende contra el rebelde de Dios, oh infierno, todas tus penas ahora y para siempre y atráelo hacia ti, por aquel que derruyó tus puertas, ató a ti todos los espíritus malignos y mandó que en tu interior se les torturase para siempre. Amén.

Que la maldición del Dios padre, todopoderoso, del Hijo y del Espíritu Santo, y la ira e indignación de todos los ángeles, arcángeles, de los tronos, de todas las potestades, santos y santas de Dios y de toda la corte celestial descienda sobre Lucifer, Belcebú, Satán y sobre todos los príncipes de los demonios. Que no haya quien los obedezca, los tema o los siga, sino que todos los demonios se arrojen contra aquellos que te quieran ayudar, espíritu maligno, por la virtud de todos y en nombre del todopoderoso Dios.

Que toda tu fuerza y virtud quebrantada sean tales que no se atrevan a residir ya más tiempo en este cuerpo, por la gracia del omnipotente Dios. Que nadie te ayude, sino que todos los demonios, dondequiera que residan, se pongan contra ti, tú que eres el género de la perdición y el cínico de la naturaleza angelical.



Que el santo Miguel, san Rafael y los demás ángeles te expulsen de inmediato de esta criatura y te arrojen al centro de la tierra, a lo más profundo del infierno, para que nunca salgas de allí, por aquel que creó el día y por toda su sagrada obra, por todas las virtudes y los nombres innombrables. Amén».



BIBLIOGRAFÍA

- BLASCO LANUZA, F. de: *Patrocinio de ángeles y combate de demonios*, Monasterio de San Juan de la Peña, 1652.
- DELUMEAU, J.: *El miedo en Occidente*, Madrid, Taurus, 2ª ed., 2002.
- ELIADE, M.: *Historia de las creencias y las ideas religiosas*, Barcelona, Paidós, 1999.
- FLORES ARROYUELO, F.J.: *El diablo en España*, Madrid, Alianza, 1985.
- FRAILE GIL, J.M.: *Conjuros y plegarias de tradición oral*, Madrid, Compañía Literaria, 2001.
- GARROSA RESINA, A.: *Magia y superstición en la literatura castellana medieval*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1987.
- GONZÁLEZ MATEO, D.: *Bellum Theologicum adversus diabolicas violentias circa externa de se prava, et turpia*, Pamplona, Imprenta de los herederos de Martínez, 1745.
- GUAZZO, F.M.: *Compedium maleficarum*, Milán, 1608-1626.
- KRAEMER, H., & SPRENGER, J.: *El martillo de las brujas (Malleus Maleficarum)*, Madrid, Felmar, 1976.
- LECOUTEUX, C.: *Charmes, conjurations et bénédictions*, París, Honoré Champion, 1996.
- LEFÈVRE, A.: «¿Ángel o bestia?», en *Satán. Estudios sobre el adversario de Dios*, Barcelona, Labor, 1975, pp. 13-32.
- Libro de dichos maravillosos*, ed. de A. Labarta, Madrid, CSIC, 1993.
- Libro de la escala de Mahoma*, Madrid, Siruela, 1996.
- Libro magno de san Cipriano. Tesoro del hechicero*, Barcelona, Reed., ed. Humanitas, 1985.
- MARROU, H.I.: «Un ángel caído, ángel a pesar de todo», en *Satán. Estudios sobre el adversario de Dios*, Barcelona, Labor, 1975, pp. 33-58.
- MARTÍNEZ DEL RÍO, A.: *Disquisitorium maleficarum*, 1580.
- NOYDENS, Benito Remigio: *Práctica de exorcistas y ministros de la Iglesia*, Valencia, Imprenta Molino de la Revella, 1711.
- PATCH, H.R.: *El otro mundo en la literatura medieval*, México, FCE, 1983.
- RIES, J. (ed.): *ANGES et démons*, Louvain-La-Neuve, Centre d'histoire des religions, 1989.
- RUSSELL, J. Burton: *Lucifer. El diablo en la Edad Media*, Barcelona, Laertes, 1984.
- VV.AA.: *Le diable au Moyen Âge, Sénéfiance*, 6, Université de Provence, Aix-en-Provence, 1979.